

la Inglaterra, poniendo á sueldo á la Europa contra la Francia, prodigó principalmente sus tesoros á la Rusia, y la condujo por la mano á Alemania, á Italia y á París. Ocupada la Rusia, en 1812, en una guerra con la Turquía, y deseando la Inglaterra que quedase desembarazada y libre para volver contra la Francia su ejército del Danubio, forzó los Dardanelos, y obligó al sultan á firmar la paz de Bucharest, y á ceder á la Rusia la Besaravia, y la Moldavia hasta el Pruth. Ya en época anterior, cuando los ejércitos franceses rompieron por el Egipto, la Inglaterra, ambiciosa de la alianza de los rusos, los habia puesto en posesion de Corfú y de las islas Jónicas: resultando de aquí, que la Inglaterra, por altos designios de la Providencia, ó por capricho de la fortuna, ha sido la que dió fuerzas al gigante que ahora amenaza su imperio; la que le abrió las puertas del Oriente y del Occidente; la que le llevó en triunfo por la Alemania, y por la Francia, y por la Italia; la que, para excitar su codicia, le mostró con el dedo la ciudad mas magnífica, y el lago mas bello de la tierra: el Mediterráneo y sus tesoros, Constantinopla y su harem.

En el mismo espacio de tiempo en que Rusia extendió su influencia política en todas las alianzas y transacciones de Europa, acreció su territorio y poblacion tan desmesuradamente, que el que fué ayer imperceptible ducado, es hoy el mas dilatado imperio del mundo; siendo de aliento tan altivo, que quiere imponer tributo en todos los mares, y rodear con sus nerviosos brazos todo el orbe de la tierra. Sus principales fronteras son: por el Occidente, la Prusia oriental, el Báltico, el golfo de Finlandia y el de Bothnia: por el Norte, el mar del Polo cubre la parte de sus fronteras, que se dilatan desde el mar Blanco hasta el estrecho de Behring: por el Oriente, le sirve de límite el Océano pacífico; y por el Sur, se pone en contacto con la China. El Báltico, el mar Negro y el Caspio están á su servicio. Y sin embargo, este imperio colosal necesita, para existir, el golfo Pérsico, el Mediterráneo y Constantinopla. Necesita por capital á Constantinopla; porque la que ahora tiene, es la peor situada del mundo. Necesita el Mediterráneo; porque sin su posesion, la industria de sus provincias meridionales se extingue; y por-

que cerrados los Dardanelos, la Rusia no es señora del mar Negro, sino antes bien su prisionera. Necesita, en fin, el golfo Pérsico; porque el golfo Pérsico es el rumbo de la India.

Por donde se ve, que si, para los demas pueblos de la Europa, la posesion de nuevos mares y de dilatadas regiones es una cuestion de preponderancia, la posesion del Mediterráneo y de Constantinopla, por lo menos, es para la Rusia, una cuestion de existencia. Esto explica por qué sus ojos se han fijado siempre con predileccion, desde que comenzó á engrandecerse, en el caduco imperio mahometano. Sus conquistas empero no han llegado á alarmar seriamente á las naciones, sino desde 1828, en que los rusos, habiéndose apoderado de Warná, se abrieron camino por las gargantas, inaccesibles hasta entonces, del Balkan, y ajustaron la vergonzosa paz de Andrinópolis, en virtud de la cual se hicieron dueños de parte de la Armenia y de las principales fortalezas de la Georgia, quedando reconocida y sancionada su intervencion en los gobiernos de la Moldavia, de la Valaquia y de la Servia, que desde entonces pueden llamarse con razon provincias rusas. Tal era el estado de las cosas, cuando habiéndose roto las hostilidades, cuatro años despues, entre el sultan y el bajá ambicioso de Egipto, se declaró la fortuna por el súbdito contra el soberano, habiendo llevado el sultan lo peor de la batalla. Entonces la Rusia, pérfidamente generosa, ofreció al sultan su proteccion; teniendo entendido, que la proteccion es un medio más seguro de conquista que la guerra. Así lo entendieron tambien los antiguos romanos, maestros en el arte de dominar á las gentes, siendo debida más bien la dominacion universal de aquellos republicanos famosos á la constante astucia y habilidad de sus patricios, que al valor de sus disciplinadas legiones. Roma no venció jamás, sino para tener el derecho de proteger al vencido; pero los vencidos temieron menos sus victorias que su protectorado; porque es mas humillante la servidumbre que impone un protector, que la que se debe á los azares de la guerra y á un reves de la fortuna. La Rusia ha sido la heredera de esa política, de que no tuvieron ocasion de arrepentirse, en los tiempos antiguos; los conquistadores del mundo. Po-

lonia no perdió su libertad é independencia, sino cuando los rusos penetraron, para proteger esa independencia y esa libertad, en sus tumultuosos comicios. Y desde el día en que la Rusia se declaró protectora de su nacionalidad y de su constitucion en el congreso de Viena, no fué difícil de adivinar, que estaba próxima á perder su constitucion, su nacionalidad, y hasta su nombre. Así se ha hecho señora de la Persia; no porque la venció, sino porque despues de haberla vencido, la protege. Así domina sin oposicion en los consejos del sultan, é impera en Constantinopla; no porque venció al sultan en los campos de batalla, sino porque le protegió contra el bajá sublevado, recibiendo, en cambio de su proteccion, la llave de los Dardanelos, por la cual hubiera dado el mas bello florón de su corona, y la sangre mas pura de sus venas.

Mientras que el imperio ruso ensancha sus límites, el imperio de los Osmanlis mira estrecharse más y más todos los días el círculo de su horizonte. La estrella de Pedro el Grande ha eclipsado á la estrella de Mahoma: midiéndose tan á compás sus movimientos, que á un tiempo mismo comenzaron una á brillar, y otra á oscurecerse; una á subir, y otra á descender, distando hoy la de Pedro el Grande del zenit, lo que la de Mahoma del ocaso. ¿Qué es hoy la que, despues de Roma, ha sido la ciudad de las ciudades: la que recibió incienso y tributo de las antiguas gentes con el nombre de Bizancio, de los griegos del bajo imperio con el nombre de Constantinopla, y de sus propios conquistadores con el nombre de Stambul? ¿Qué es hoy esa ciudad famosa, con sus tres nombres de reina? Una ciudad indolente, colgada de un cielo siempre azul; y que, para esparcir su vista, tiene dos mundos, y para bañar sus pies, tiene dos mares. Una reina indolente, que se despoja para dormir, de todos sus atavíos, y que va arrojando uno á uno, porque lastiman su sien, todos los florones de su magnífica corona. Una reina indolente, que pierde en pocos días un imperio; que pierde la Servia, la Valaquia, la Moldavia, casi todas sus regencias de África, la Grecia, el Egipto, la Siria, la Arabia, las islas de Chipre y de Candia; y que tiene que comprimir, al mismo tiempo en la Bosnia, la Macedonia y la Albania, la insurreccion de sus vasa-

llos: esa es Constantinopla. Su corazón apenas tiene fuerza para latir; su mano no la tiene ya para llevar su cetro, ni su frente para sostener su diadema.

Siendo tan flaco el poder de Constantinopla, y tan desmesurado y colosal el de la Rusia; y siendo ya esta última potencia, por el tratado que la franqueó los Dardanelos, señora de sus destinos, no causará, por cierto, asombro que la Europa se ocupe, con preferencia á las cuestiones políticas, en la cuestion del Oriente; y que siendo esta ahora la cuestion dominante, se ordenen y se subordinen á ella todas las nuevas alianzas.

Comprimida la revolucion francesa, el Austria y la Prusia comienzan á temer mas á las ambiciosas águilas moscovitas, que al pacífico estandarte de los tres colores. La Prusia, con sus trece millones de habitantes, que más bien que un cuerpo de nacion, forman un campamento confuso de polacos, de austriacos, de sajones, de suecos, de alemanes y de franceses; con su configuracion á todas luces viciosa, y con sus dos religiones rivales, mira con espanto el gigantesco desarrollo de la Rusia, que puede llevar á sus puertas grandes ejércitos, unidos entre sí con los vínculos de una misma religion y de una misma raza. En cuanto al Austria, imperio decrepito ya y caduco, compuesto de Estados que fueron independientes, y cuya independencia vive todavia en su memoria, de Estados que conservan aun sus idiomas primitivos; imperio compuesto de cien diversas capitales, y en donde cada capital tiene opiniones que la son propias, simpatías á que no puede renunciar, y antipatías que no quiere vencer, nada más puede decirse, sino que despues de la Inglaterra, es la que más tiene que temer del engrandecimiento ruso, y de la cuestion del Oriente. Más de cuatro millones de sus súbditos pertenecen á la religion griega, cuyo pontífice es el autócrata de todas las Rusias; y dos de sus mejores provincias pertenecen á las indómitas razas slavas, que el autócrata conduce, y que con su fuerza de asimilacion acrecientan sus dominios. El día en que deje de existir el hombre de Estado que, como Atlante, sostiene el imperio con sus hombros: ó el día en que los rusos se apoderen de Constantinopla, el Austria será bor-

rada del libro de las naciones, ó cuando menos, del de las grandes potencias.

Por donde se ve, que la preponderancia de las cuestiones de intereses materiales sobre las de principios políticos; ó lo que es lo mismo, la preponderancia de la cuestion del Oriente sobre las cuestiones que tuvieron su origen en la revolucion de julio, ha sido causa de que se quebranten, de hecho y á un mismo tiempo, las alianzas del Norte, y las de Europa. Se han quebrantado las alianzas del Norte; porque de hecho el Austria y la Prusia se han separado de la amistad de la Rusia: se han quebrantado las alianzas del Mediodia; porque de hecho el gabinete francés se ha separado de España. Hay, sin embargo, una notable diferencia entre el rompimiento más ó menos ostensible del Austria y de la Prusia con la Rusia, y el quebratamiento mas ó menos ostensible, por parte de la Francia, del tratado solemne, por el que quedó obligada á defender contra la usurpacion y la rebeldía el trono español y la libertad española. Esta diferencia consiste en que, prevaleciendo las cuestiones de intereses materiales sobre las de principios políticos, el Austria y la Prusia han obrado con acierto, separándose de la Rusia; porque los intereses materiales de la Rusia estan en contradiccion con los intereses materiales de la Prusia, y con los intereses materiales austriacos: mientras que, separándose el gabinete francés del gabinete español, ha sacrificado á un mismo tiempo sus principios políticos, y sus intereses materiales. Es decir: que mientras que la Prusia y el Austria, retirándose de la Rusia, han sacrificado lo menos á lo más, el gabinete francés, retirándose del español, lo ha sacrificado todo, causando admiracion á la Europa la sublimidad de tan generoso sacrificio.

Toda la política actual del gabinete francés para con el español se reduce á una absoluta indiferencia. Y como la indiferencia no lleva consigo su justificacion, sino cuando recae sobre cosas que son en realidad indiferentes, el gabinete francés no puede justificar su política, sino demostrando que es indiferente para la Francia todo lo que sucede aquende los Pirineos: y para que esta demostracion sea completa y pueda ser aceptada, no basta demostrar lo

imposible, demostrando que para la Francia es indiferente el triunfo del rebelde Carlos, ó el de Isabel II; porque aun entonces se veria obligado á intervenir en los asuntos de España, si no demostraba otra cosa imposible, conviene á saber; que siéndole indiferente que reine Isabel, ó reine Carlos, le es indiferente tambien que haya ó no haya un gobierno pacífico y asentado en la nacion española: porque si no demostraba esto tambien, demostrando que la anarquía en España le es de todo punto indiferente, estaba obligado á intervenir, sino en favor de ninguno de los ejércitos beligerantes, á lo menos para sofocar en ambos campamentos la anarquía. Para demostrar esta segunda cosa imposible, es decir, que le es indiferente que en España haya anarquía ó haya gobierno, estaba obligado á demostrar antes otra tercer cosa imposible, conviene á saber: que puede ser indiferente á una nacion todo lo que suceda en una nacion vecina. Solo demostrando todas estas cosas, puede justificar el gabinete francés su absoluta indiferencia en los asuntos de España. Yo que tengo, no sé si la desgracia ó la fortuna de concebir mejor los delirios que los absurdos, concebiria que la Francia, olvidada de sí propia, de los pactos que la ligan, de los principios que proclama, y rebelándose contra la conciencia del género humano, que juzga á las naciones como juzga á los reyes, interviniere en favor del pretendiente y contra la reina legítima, en favor del despotismo y contra la libertad española. Pero lo que no puedo concebir, es su absoluta indiferencia, que para un francés, debe ser la mayor de todas las faltas, y para un español, el mayor de todos los crímenes. Pues qué, prescindiendo por ahora de que la indiferencia por una cosa que no puede ser indiferente, es absurda, ¿es lícito mirar con indiferencia los desastres de un gran pueblo? ¿es lícito asistir sin conmoverse al espectáculo de los grandes infortunios? He llamado grande al pueblo español, y á sus infortunios, grandes; porque al contemplar lo que somos, no quiero prescindir de lo que fuimos: á los que fueron poderosos y son humildes, á los que fueron ricos y han venido á pobreza, sienta bien la altivez; porque la altivez es su único patrimonio: ¿cómo, pues, no sentaria bien á un pueblo, cuyas quillas rompieron todos los mares,

cuya bandera respetaron las naciones, cuyo nombre fue glorioso entre las gentes, y que llevó sobre su sien, como un peso liviano, la corona de dos mundos?

Mostrándose la Francia indiferente en nuestros asuntos interiores, no solo se rebeló contra el sentido comun, sino tambien contra su propia historia. Con efecto, si su historia tiene razon, no tiene razon la Francia. La política del gabinete francés, en toda la prolongacion de sus tiempos históricos, ha sido constantemente intervenir como actor en las cuestiones españolas. Muchas veces fue nuestro enemigo; otras nuestro aliado; pero jamás, hasta el dia, ha sido espectador indiferente de nuestras glorias ó nuestros desastres, de nuestras guerras ó de nuestras discordias civiles. Carlo-Magno, Luis XIV y Napoleon, esos tres representantes augustos de las épocas de mayor auge y esplendor para la Francia, en quienes solo tuvieron cabida altivos pensamientos y gigantescas concepciones, no miraron jamás con indiferencia las cosas y las cuestiones de España. El primero, á pesar de sus guerras de allende el Rhin, atravesó los Pirineos á la cabeza de sus huestes, para tender una mano amiga á los pocos que se habian refugiado en las montañas del Norte para librarse del estrago de las armas agarenas. Carlo-Magno no pensaba en el Rhin, cuando se le presentaba ocasion de decidir con su espada una cuestion española. Luis XIV sacrificó, por nuestra amistad, la del Austria, y el señorío de los Países-Bajos: y Napoleon jugó á la vuelta de un dado, por la corona de España, la corona del mundo; por el cetro español, el cetro de las naciones. Cuando se considera la importancia que esos tres grandes personajes históricos dieron siempre á las cuestiones españolas, y se la compara con la indiferencia que afectan por nuestras cosas los consejeros de Luis Felipe, el entendimiento no puede concebir que la importancia sea exagerada, y la indiferencia conveniente; que lo que afirma un gabinete, sea mas razonable que lo que afirma la historia; que los consejeros de Luis Felipe tengan razon, contra Napoleon, Luis XIV y Carlo-Magno.

Y no la tienen, en verdad: porque el estado interior de la nacion española no puede ser indiferente á la Francia en ningun caso:

ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra. No puede serla indiferente en tiempo de paz; porque si llega á derramarse la anarquía por todas las provincias de España, y si la sombra de gobierno que hoy existe, deja de existir á impulsos de una democracia turbulenta ¿quién protegerá los intereses comerciales de la Francia, y en quién encontrarán apoyo los súbditos franceses? Si los unos y los otros dejan de ser respetados; si las masas populares llegan á ver, en los intereses franceses, intereses contrarios á los intereses españoles, y en cada súbdito de la Francia, un agente hipócrita de un gobierno enemigo, ¿quién salvará los intereses y los hombres, de las frenéticas muchedumbres? ¿ignora el gabinete francés, por ventura, los extremos á que puede dejarse arrastrar un pueblo á quien se engaña? Bien sé que entonces el gobierno francés acudiría á las represalias, á los bloqueos y á la guerra: pero si las guerras, los bloqueos y las represalias tienen por objeto obligar á un gobierno á transigir y aun á ceder ¿cuál puede ser el resultado de los bloqueos, de las represalias y de las guerras, cuando no hay un gobierno que pueda ceder, ni que pueda transigir? Cuando las muchedumbres gobiernan, son inútiles las amenazas; porque las muchedumbres ni ceden ni transigen. El único remedio entonces está, no en la guerra, sino en el exterminio. Ahora bien, ¿está dispuesta la Francia á exterminar á todos los españoles? Esta, y esta sola es la cuestion.

Con efecto. Que una anarquía completa en España es posible, no habiendo una intervencion contra el príncipe rebelde, es cosa fuera de toda duda: que exasperados los ánimos contra la Francia por su culpable indiferencia, pueden volverse, en medio de la anarquía, contra sus súbditos y contra sus intereses comerciales, es cosa natural; y de semejantes catástrofes encontramos insignes testimonios en la historia: que llegado este caso, no habrá en España un gobierno á quien se pueda obligar á ceder ó á transigir; ó que si le hay, será impotente para contener los ímpetus populares, es una cosa clara á todas luces: que en este caso, son inútiles los bloqueos, las represalias y las guerras, es cosa que no necesita demostracion: que siendo estos remedios ineficaces, el único remedio eficaz con-

siste en el exterminio, es una cosa evidente. Luego el gabinete francés, estando decidido á *no intervenir*, debe estar preparado á *exterminar*. Ahora bien, repitiendo mi pregunta ¿está la Francia dispuesta á exterminar á todos los españoles?

Si el estado interior de la nacion española no puede ser indifere-
rente á la Francia en tiempo de paz, en tiempo de guerra la ha de
ser menos indiferente todavía. No es esta la opinion del gabinete
francés, si hemos de juzgar de su opinion por sus actos. Tampoco
es la opinion de algunos acreditados publicistas, puesto que el pro-
fesor Rossi escribió en uno de los números de la *Revista francesa*,
órgano del partido doctrinario, estas palabras solemnes: — *La
Francia en sus luchas continentales no necesita de la ayuda de Es-
paña.....*
*.....Lo que importa á la Francia es estar al abrigo de toda agre-
sion por parte de los Pirineos, cuando sus ejércitos marchen hácia el
Rhin: porque, aunque se halle amenazada de una gran coalicion, si
por ventura no se encuentra agotada como en 1814, ó desorganizada
y dividida como en 1815, puede resistir á todos sus enemigos, y
apoyar fieramente su izquierda en el Océano y su derecha en los Al-
pes, siempre que esté segura por su espalda; y que un numeroso ejér-
cito español no tale sus provincias, y no obligue á sus ejércitos á vol-
ver la cara á todas partes.* De cuya doctrina, nueva á la verdad
entre los publicistas y hombres de estado de Europa, deduce el
profesor Rossi la consecuencia, de que lo que á la Francia conviene,
es que la unidad española se quebrante; pues solo siendo quebran-
tada, podrá dejar de ser, en caso de guerra y de conflicto, emba-
razosa. Prescindiendo por ahora del egoismo étnico y profundo que
en esta doctrina se descubre, y prescindiendo tambien de toda con-
sideracion que se derive de las nociones de derecho y de justicia,
convencido como estoy de que en las cuestiones que interesan á la
nacionalidad de los pueblos, suelen ser mas atendibles las razones
derivadas de la utilidad que las que reconocen una base mas ancha
y un origen mas alto, me contentaré con demostrar que esa doc-
trina, considerada teóricamente, se opone á la razon, y considerada
prácticamente, se opone á la conveniencia.

La cuestion es grave y trascendental; porque si es cierto que la
España puede servir á la Francia de estorbo y de embarazo, estando
unida; y si es cierto que, en las guerras continentales, la Francia no
necesita de su apoyo, el interés de la Francia consiste, en que
nuestra unidad se rompa, y en que nuestras discordias se acrecien-
ten: pero si, por el contrario, se demuestra que la nacion francesa
puede necesitar, en sus guerras continentales, del apoyo de la nacion
española, entonces el interés de la Francia consiste, en que la na-
cion española sea su aliada y su amiga, y en que su unidad sea con-
sistente y robusta. Siendo esto así, ¿es verdad, como afirma el pro-
fesor Rossi, que España no puede servir de ayuda á la Francia?
¿Es verdad que la Francia, en caso de guerra, no necesita de su
ayuda; porque puede apoyarse firmemente en el Océano y en los
Alpes?

En cuanto á lo primero, no puedo menos de advertir, que si
España, ayudada noblemente por la Francia, pusiera un término
á la guerra civil que la devora, contaria con uno de los ejércitos
mas aguerridos del mundo; y que el Rhin es tan conocido como el
Tajo de los ejércitos españoles, acostumbrados á tremolar en tier-
ras estrañas, y en defensa de los principios que sostienen, los glo-
riosos pendones de Castilla. En cuanto á lo segundo, es de estrañar
ciertamente que el profesor Rossi confie tanto en la seguridad de
los Alpes, cuando la neutralidad suiza no ha sido respetada nunca
por los enemigos de la Francia; y cuando la Francia pudiera en-
contrar un adversario donde busca un amigo, y un combate en
donde busca un apoyo. Si todas estas razones tienen fuerza, tratán-
dose de una guerra continental, su fuerza es mayor aun, si se su-
pone á la Francia empeñada, á un mismo tiempo, en una guerra
continental y en una guerra marítima; porque entonces, combatida
en todos los mares y en su propio territorio, su situacion reclama-
ría imperiosamente el apoyo de los Pirineos, y el amparo de nues-
tros puertos y colonias. De donde resulta que, así en la guerra
como en la paz, el gabinete francés no puede mirar con indiferencia
nuestras cuestiones interiores y nuestras discordias civiles; y que,
así en la guerra como en la paz, el gabinete francés está grande-